

ta de su persona, se firmara en todas sus Cartas la misma nada, y reputaba como impropios de ella todos los honores, y solo debidos los desprecios. Sobre este principio, quando se veía venerado de todos por Santo, aplaudido de todo género de gentes, seguido de innumerable gentío por los caminos, recibido en los Pueblos con palmas y ramos, postrados á besar sus pies los hombres, y celebrado de ambos Reynos, nada inmutaba la serenidad de su alma, porque reflexando en sí mismo y en su propia nada, decía: «Estas honras no son á mí, que soy un hombre vil y miserable, sino á la dignidad del ministerio apostólico. Son á mi Señor Jesuchristo, de quien estoy vestido, y cuya persona represento en este altísimo empleo de Misionero, y así, no excuso estas honras, por no privar al Señor de esta gloria.»

Con tan raro genio de su humildad, templaba el V. Padre sus interiores afectos, y en su propio conocimiento hallaba la razon de negarse á sí mismo, para que todo el honor y alabanza fueran dirigidas á su crucificado dueño, y solo á él le conocieran por los epítetos con que continuamente se llamaba Bestia, Borrico ó Jumento.

Ni era esta humildad de solo palabras, sino practicada en heroicas acciones y públicas afrentas. Instado de muchas personas que le calificaron de justa y decorosa á su Colegio cierta propuesta, la consultó, antes de promoverla, con uno de los Prelados de Guatemala, y al punto se la repelió, no solo con desayre, sino con injuriosa aspereza; y al oírle el V. Padre, se levantó, y besándole la mano, le dió gracias por el desengaño, y le suplicó que así lo hiciera siempre.

Mas público fué el sonrojo con que un Párroco le mandó baxar del Púlpito, llenándole de injurias y desprecios, á los que correspondió obedeciéndolo, y arrojándose á sus pies para besarlos; pero lo mas admirable es, que pasado tiempo, concurrió con él delante del Señor Obispo, y le hizo las mismas demostraciones, diciéndole al Prelado, que aquel Cura era su Amo y su Señor, y que le debía lo que nunca acertaria á agradecerle. Otro Cura, al verle entrar en su Pueblo acompañado de mucha gente, rezando y cantando con él, se irritó tanto, que á gritos llamó la atencion de todos, diciéndoles: «¿Acaso habeis salido á recibir á este Padre, porque le teneis por Santo? Los Santos son Santo Domingo y San Francisco, que este es un hipócrita que engaña al Mundo.» Pero el V. Padre sufrió con toda paciencia, porque fundaba su zelo y su doctrina en la humildad apostólica, que á los que les maldecian, les bendecian, padecian la persecucion, y la toleraban, eran tratados como escoria del Mundo y escobas vilísimas, y sin confundir ni avergonzar á alguno, á todos les amaban, como á hijos engendrados en Jesuchristo por la predicacion de su Evangelio.

Con moderacion tan christiana gozaba el V. Padre una tranquila y quieta vida en toda piedad y pureza, las que denotaban así la honestidad de sus palabras, como la gravedad de sus costumbres. Por ellas consiguió que traginando los dos Reynos entre todo género de personas, en medio de los mayores peligros y ocasiones incentivas, conservara interior y exteriormente intacta su virginal pureza, templando siempre sus afectos y sentidos con el temor santo de Dios,

que le hacia despreciar los deleytes que el Mundo facilita, el Demonio sugiere y la Carne apetece. Bien pudieran ponerse vencidos estos tres enemigos á los pies del V. Padre, en vista de aquella templanza que se vió en el caso de provocarle á la torpeza una muger hermosa, y de que se hizo memoria en el capítulo tréce del primer Libro, en el que si el Demonio jugó todas las piezas de su infernal astucia, él y sus garantes el Mundo y la Carne salieron vencidos con la conversion de la muger con quien trazó tan alevosa tragedia.

Excelente fue tambien su modestia en el trato común y ordinario que le era preciso con las Indias de las Misiones, y aun tambien con los hombres, para desarraigales de sus bárbaras desnudeces é incultas costumbres; pero mas necesaria le fue en el de las mugeres Christianas, pues aun quando vienen con el nombre de penitentes, vienen en traje de Comediantas, y así se cauteló de todas con

tan raro extremo, que dos años y medio antes de su muerte, dixo en el Confesionario á otro Misionero: «Bendito sea Dios, que hasta ahora no sé como tienen el rostro las mugeres.» No por eso le faltaron los estímulos de la carne, de que Satanás se valia para ávivar mas sus sugestiones y atormentar su espíritu; y preguntado del Confesor, cerca de morir, sobre los pensamientos, confesó: que aunque los habia tenido graves por sugestion del Demonio, pero no habia consentido en alguno; pues yo, decía, he sido un bruto, que si Dios no me hubiera tenido de su mano, no sé que fuera de mí. Este humilde conocimiento, y ese favor divino, fueron los que le conservaron siempre puro, para que como vaso de eleccion llevara el santo nombre de Jesus á las gentes mas incultas y naciones mas remotas; y anunciándoles el Evangelio, purificara sus almas con las aguas del Bautismo.

CAPITULO XXVII.

Asperas mortificaciones con que el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes.

Admirable es la armonia que entre sí tienen las mortificaciones de la carne y la perfeccion de las virtudes: no son las asperezas virtudes, pero son los instrumentos que las perfeccionan, por eso deben arreglarse con la moderacion que mas las adapte al ministerio de cada uno, para que pueda ofrecer su cuerpo hostia viva, santa y agradable á Dios, como racional obsequio á su obediencia y agrado. Desde los siete años, segun confesó el P. Fr. Anto-

ño, estaba puesto en los brazos de Christo crucificado, y por eso no pudo ser sin soberano instinto, el que desde esa edad llevara en su cuerpo la mortificacion de Jesus, y la exercitara en huir de todos los pueriles divertimientos, en la prudente taciturnidad de su lengua, en la guarda de sus sentidos, en su rara abstinencia para socorrer á los pobres, en la perseverancia en los Templos, olvidado del necesario alimento, en la modestia, que le hacia ignorar el ca-

mimo de su casa, y en otras familias mortificaciones, que á qualquiera otro le serian intolerables, pero á él le eran gratas, porque le perfeccionaban en las virtudes, por cuyos grados fue llamado de Dios para la Religión Seráfica. Ya en ella logró el fin de mortificar su cuerpo para vencer sus pasiones y apetitos; pero eran tales sus fervores, que fue necesario que su Maestro y Director moderaran sus penosos ejercicios; pero éstos le infundían una humildad profunda, que desde entonces le enseñó á apellidar á su cuerpo con la metáfora de bruto, y después se esmeró toda su vida en fatigarle con muy pesadas cargas, y castigarle con el azero y el látigo.

Esto se ve en las penosas tareas en que ocupó toda su vida, que si hubieran de compilarse, es asunto tan grande, como todas sus acciones, pues ninguna de ellas se hallará que no lo compruebe con algun suceso digno de admiración y asombro; por eso para recomendar sus penales mortificaciones, será el mejor método seguir el que la sagrada Curia observa, fundada en que son tan necesarias las aflicciones de la carne para calificar de heroicas las virtudes, que si no constan en la causa de qualquiera Siervo de Dios, no se le dará curso para su conclusion, exceptuando á los que han profesado algun cenobítico Instituto, porque de ellos se ha de hacer evidencia de que no omitieron ninguna de las asperezas que prescriben sus Reglas, por cuya acertada y discreta práctica, se facilita el ver las ásperas mortificaciones con que el V. P. Fr. Antonio aspiraba á la perfección de las virtudes, observando las que prescriben los votos y preceptos de su Seráfica Regla, y las que son

anexas al ministerio apostólico, segun los Estatutos de las Bulas Inocencianas.

Tanto como es fácil entender, es difícil de decir á qué grado de perfección se subió la obediencia del V. Padre, pues estando puesto desde niño en los brazos de Christo crucificado, conocía bien, que esmerado el mismo Dios en obedecer siempre hasta morir en una Cruz afrentosa, debía unirse con él, para morir tambien en la cruz de la obediencia, con cuyo afecto, y en reverencia de tan alto beneficio, le ofreció á su Magestad este voto, y por él se esforzaba á imitarle humilde, callado, sufrido, modesto y edificativo. Oía la voz de sus Prelados, Directores y demas que se proponia por Superiores, calzándose de muchas alas su espíritu, para volar á donde señalaba el dedo de Dios con el precepto, y lo cumplía con tanta sumision y respeto, como pudiera el mas rendido Esclavo. No parece sino que vaticinaba la voluntad del Superior, con aquel instinto que hace de un corazon amante un obsequioso Súbdito, para no esperar el mandato, y con prontitud y alegría executar lo que era de su agrado. Aun siendo ya Sacerdote, suplicaba el que le permitieran vivir en el Noviciado, para segun su estilo, no hacer cosa alguna sin la obediencia del P. Maestro, ni sin la licencia del Prelado, deseando que hasta sus respiraciones salieran movidas de este impulso; porque no queria ir ni hacer cosa alguna sin estar como cautivo á solo la voluntad del Prelado, como á su Señor y dueño.

Dos años solos tuvo el V. Padre en toda su vida que se pudieron llamar libres, y fueron: el hacer la Profesion Religiosa, y el de alistarse

de Misionero para las Indias; pero debiendo en ellos obedecer á la eficacia de la vocacion divina, la misma espontanea libertad que era de su substancia, fue el heroico sacrificio que le hizo á Dios con su obediencia: de ella, como de un perenne manantial, nació el torrente de penalidades y mortificaciones que son anexas á las laboriosas tareas de un ministerio mixto, cuyo instituto tiene por objeto la oracion, y estrechísima observancia de la Regla, y hacer el oficio de los Apóstoles en predicar la Fe, para mover á los pecadores á penitencia, y propagarla entre los Infeles. Por esa obediencia misma, luego que llegó al Colegio, le enviaron á la remota Provincia de Yucatán á exercitar su zelo apostólico, y de ella pasó á correr todas las del dilatado Reyno de Guatemala, empleando catorce años en la conversion de su Gentilismo, de donde le sacó la misma obediencia para que fuera Guardian del Colegio de Querétaro. Por ella volvió á Guatemala, y fundando en ella un Colegio, se dedicó á la conversion de los Gentiles, sin que pudieran obligarle los mas excelentes respetos á que desistiera de su apostólico destino, y solo la obediencia pudo cortarle los pasos, estando ya cercano á las montañas de los bárbaros Lacandones, para que viniera á la fundacion de otro Colegio en la Ciudad de Zatecas. Por ella fue á probar la reduccion de los Nayeritas, y frustrada, entró á la conquista de los Texas y nuevas Filipinas; y por fin, por la obediencia, estimando por mandato la insinuacion del Prelado, aunque ya estaba enfermo, pasó á morir á México. Así acabó su vida víctima de la obediencia, pues en toda ella no tuvo otro consuelo que practicar sus im-

pulsos en todos sus movimientos, y por eso siempre solicitaba tener á quien obedecer, ya en los caminos, ya en las Misiones; y aun siendo Prelado, pues en donde quiera que se hallara, tomaba por su Superior aunque fuera á un Indio.

Penalidad llena de indecibles mortificaciones sería el que el V. Padre anduviera tan dilatados caminos, solo por el mérito de la obediencia; pero como á este le añadía el de una extremada pobreza, fue de tanta admiracion para Sugetos de los mas respetables en la Compañía de Jesus, que dixerón: «Tómese fe y testimonio de que el P. Fr. Antonio Margil ha andado desde México á Guatemala á pie, y no es menester mas para canonizarle.» Así discurrían unos Religiosos experimentados en los trabajos y penurias de tan dilatados y peligrosos caminos, en que lo escaso de los alimentos, y las pocas posadas, los hacen del todo impracticables, sin el auxilio de robustas Mulas y completo equipage de todo lo necesario. Pero estaba el V. Padre puesto en los brazos de Christo crucificado, y así, deseaba imitar quanto podía, aquella pobrísima desnudez que dexó vinculada inmortalmente en su Iglesia. Estaba vestido, no solo del hábito de San Francisco, sino tambien de su seráfico espíritu, y del espíritu del Evangelio, y por eso gozaba los fueros de Varon Apostólico, para caminar desde su juventud con la recámara que Jesuchristo les previno á sus Discipulos, pues desde que profesó su Regla, fiado en la sencillez de su texto, se empeñó en guardarla toda su vida á la letra y sin glosa.

Por eso era el uso que hacia de las cosas necesarias tan medido, que ninguna tuvo como propia y sin ur-

gente indigencia. Su hábito fue siempre el común, pero á gusto de su Padre, que lo tenia en verle remendado de sacos y de otras piezas, aunque llegó tiempo en que ni su Padre mismo pudiera conocerle por el vestido. Este fue el de la vida rural, en que se mantuvo once años en compañía del V. P. Fr. Melchor en las montañas de los Talamancas y Lacandones, pues por los continuos trabajos, é injurias de los montes y del tiempo, llegaron sus hábitos á perder hasta su primera tela, así por lo colchados que estaban de andrajos, como por que éstos eran de varios tejidos y de muchos colores, que juntos, hacian un objeto tan irrisible á la soberbia, como despreciable á la vista, pero no á la estimacion de personas ilustres y cuerdas, pues á algunas que los vieron con circunspeccion christiana, les han hecho entender con evidencia ¿por qué el Evangelio le dá el renombre de bienaventuranza á la santa pobreza, y el divino Maestro dixo, que en ella está vinculado el Reyno de los Cielos? Ni la mas impía malicia podia cabilar que los Venerables Misioneros hicieran capricho de presentarse con tan extraños hábitos, pues la miseria de aquellos desiertos se los hizo estimar por únicos, y tan necesarios, que para conservarlos se vistieron de cortezas de unos árboles que allá llaman mastates, previniendo el que despues habian de salir por los poblados, y pedia la decencia que fuera, aunque con sus penitentes sacos, pero con tal qual trage de Religiosos.

Nunca usó el P. Fr. Antonio de la túnica interior que permite, á los que quisieren tenerla, la Regla; y solo en sus últimos años llevaba por modo de medicina, y consejo ageno,

un tunicillo de Sayal corto y sin mangas, por los accidentes del pecho. Los paños de la honestidad siempre fueron de Sayaete burdo, pues nunca se puso cosa alguna de lienzo, ni tampoco camisa. En las largas y escabrosas jornadas de Guatemala, andaba á pie y enteramente descalzo, pues aunque llevaba unas sandalias cogidas de la cuerda, eran solo para decir Misa los dos Compañeros. En toda su vida no conoció el dinero, ni oyó su ruido, ni llegó por curiosidad á tocarlo. Era tan nimio en ceñirse á lo preciso, que un testigo de mayor excepcion observó que caminando por los poblados, pedia de limosna el alimento, y se resistia á recibir un medio pan, si actualmente no era necesario, aunque hubiese de ser la jornada larga, y la posada una pobre choza, en que siempre mora la penuria. Todo el equipage de sus continos y largos caminos era el Breviario, una Calavera y un Crucifixo, la sagrada Biblia, y unos quadernos de apuntes para sus Sermones; y como estas tambien eran todas las alhajas de su Celda, podia decir que todas sus cosas las llevaba consigo, sin faltarle nada de lo necesario, porque confiaba tanto en la divina Providencia, que ofreciéndole un alfiler para que se sacara las Niguas, que es una especie de pulgas de que abundan aquellas tierras de las montañas, por ser muy calientes, y que se introducen en la carne, y su picada desazona y molesta fuertemente, y si no se sacan, se multiplican con irreparable daño, no lo admitió, teniendo por superfluo desde entonces aquel socorro: quando estaban ya en aquellos estériles páramos, y que para sustentar la vida eran su alimento raices y yerbas, no recogia mas que las necesarias para

aquel dia. Con la misma confianza dormia en los desiertos en el desnudo suelo, entre las innumerables sabandijas de que abundan las montañas, y sin precaucion alguna de los animales feroces, ni de los insectos venenosos. En las Misiones de Indios civilizados, se contentaba para su alimento con unos frixoles, y tortillas de maiz, que tomaba, como ellos, sentado en la tierra, y cuyo exemplo estimuló al Illmo. Señor Obispo de Comayagua á hacer lo mismo en sus visitas.

Así peregrinaba aquel Varon Apostólico las Ciudades, las Provincias, los Reynos, sin poseer oro, plata ni pecunia, sin provision ó viático, sin dos túnicas, sin calzado, y muchos años aun sin las sandalias permitidas, ni humana defensa, predicando á Christo erucificado, y llevando en su cuerpo una viva imágen de la mortificacion de Jesus, para manifestar en él su santísima vida y su afrentosa muerte: le castigaba con ayunos, disciplinas, cilicios, vigiliass y otras duras mortificaciones, porque habiéndole el Señor confiado la gracia de la predicacion evangélica, temia salir reprobado en el Tribunal divino, si el modo de vivir no fuera conforme al de predicar, enseñando con el exemplo, lo que persuadia con las voces: por eso trataba á su cuerpo como á un esclavo, y sin darle libertad, ni aun para el libre uso de sus sentidos.

No abria los ojos sino para mirar el Cielo, ni les permitia ver cuidadosamente á ninguna criatura; y quando andaba por las calles, no veia el rostro de los que le saludaban y conocian: nunca entró por sus oídos la murmuracion del próximo, ni la lisonja ó adulacion, antes les cortaba

el hilo con algun importante desengaño. En una ocasion, visitándole un Caballero le dixo: Rmó. Padre, somos paisanos; y como este idioma era desconocido para un corazon en que jamás se hablaba de la tierra ni de la pasion nacional, le respondió: no hay duda que lo somos, pues todos somos naturales de este valle de lágrimas. Quando asistia á algun enfermo en su casa, luego que comia ó cenaba, se levantaba de la mesa diciendo: ya el Borrico ha comido zacate, ahora necesita reclinarse, y así excusaba las conversaciones vanas ó pecaminosas. Su olfato no supo lo que son olores, pues nunca usó ni aun del tabaco en polvos, y en una ocasion que el Médico del Colegio le pidió un polvo, encogido de hombros le respondió: Tome Vm. por donde quisiere, que de pies á cabeza todo es polvo. Ya desde Corista sabia lo que es la hediondez de la corrupcion humana en los sepulcros, y así no extrañaba la de los Indios enfermos que asistia, catequizándoles y curándoles, ni la de los miserables que consolaba en los Hospitales ó en las Cárceles.

Su gusto no supo qual era el de los manjares, pues quando comia precisado en las mesas de los ricos, con disimulo les hacia insípidos, echándoles demasiada sal, ó pimientos fuertes, á mas de traer en la boca un palillo amargo, que le tenia el paladar y lengua siempre desabridos. Lo mas admirable es, que siendo el agua en las fatigas del Sol y de los caminos el refrigerio de los sedientos, quando en sus peregrinaciones llegaba á las fuentes, mientras los Compañeros gozaban de su fresco y alivio, él le daba al Señor gracias por el beneficio de dar al hombre criatura tan hermo-

sa, que en su claridad publica su sabiduría, omnipotencia y misericordia; y ofreciéndole su sed en reverencia de la que Christo tuvo en la Cruz, proseguía su camino sin beberla. Pocas eran las ocasiones en que se desayunaba, y en una que por grave necesidad lo haría, le dió el Religioso que lo tenía de oficio, el chocolate con muchas Moscas, y con increíble serenidad lo fue bebiendo hasta acabarlo, cosa que conmueve el estómago solo el escribirlo; y habiendo escupido algunas para que las viera, con gran paz le dixo: Otro día, tenga cuidado su Caridad con estas avechitas, por otros pobres. Varon de dolores se podía llamar el V. Padre en el taño de todo su cuerpo, pues ninguno de sus miembros estaba sin ellos, ni hasta morir dexó de atormentarles. Ademas de los cilicios y disciplinas, tenía una Cruz de madera inmediata al pecho, que con afiladas puntas le sacaban la sangre, por lo que solo se le permitió algunos años: la faja que usaba para las quebraduras, era de notable tormento, y mas quando le obligaban á andar á caballo, que le causaba doblado martirio; y por fin, con tan rígidas mortificaciones tenía el V. Padre avasallada y domada la concupiscencia, sujetas las pasiones y refrenados los sentidos, para que su carne no se revelara contra su espíritu, ni las viciosas inclinaciones manchaban la pureza de la castidad que por el voto de su profesion le tenía á Dios prometida.

Si toda esa crueldad sangrienta hubiera sido para castigar una vida delinvente y licenciosa, no fuera digna de ser admirada, porque solo con sangre y con lágrimas se borran las manchas de la culpa: mas siendo para no perder la primera inocencia

y gracia que en su alma infundió el Bautismo, y conservarse siempre virgen, casto y puro, son, no solo de admirar, sino de alabar al Altísimo, siempre admirable en sus Santos. Este singular privilegio se lo descubrió el V. Padre á una persona de su confianza, y con grave motivo, en el último año de su vida, diciendo: «que le habia debido á nuestro Señor, entre otras grandes misericordias y beneficios especiales, el de haberle guardado toda la vida la virginidad» y la pureza de la castidad intacta, «sin que jamás hubiese pensado mancharla en lo mas mínimo.» Aquí fue donde respirando en llamas sus amantes afectos, rompieron por los ojos, pagando ellos en perlas el beneficio, para que sirvieran de homenaje al Autor del incendio; y añadió mas, descubriéndole, «que en medio del tráfago del Mundo, donde habia andado entre todo género de gentes, nada le habia ofendido, y que sentia tanto las ofensas hechas á Dios en este particular, que quisiera haberse menudos pedazos porque ninguno ofendiera á su benignísimo Criador y dueño.»

Estos generosos anhelos eran los que estimulaban el zelo del V. Padre para ser en todas las funciones de su ministerio el buen olor de Christo por la fragancia de su virginal pureza, que parece transfundía en las almas, para sanarlas de su contraria dolencia. En la Ciudad de Guatemala, la V. Señora Doña Ana Guerra se hallaba sumamente afligida de la sensualidad, porque su alma se abrasaba en los ardores del cuerpo, sentidos y potencias: así, clamaba al Cielo pidiendo auxilio contra las invasiones del Demonio, y le parecia que no eran oídos sus clamores: miraba á

la tierra, y quantos objetos percibian sus sentidos, eran pábulo de sus incendios: quisiera arrojarse en el Infierno, para apagar en sus llamas las de sus ardores, y no hallando en cosa alguna refrigerio, decia su afligido espíritu: me pierdo, me pierdo: detén, Señor, esta bestia, que se precipita. Ya habia algunos años que padecía en esta cruel batalla, quando fue á comunicar al P. Fr. Antonio sus peligrosos trabajos, y compadecido de ellos, con la eficacia de sus palabras, y mas con la de sus oraciones, quedaron extinguidos en aquella alma los incentivos de la concupiscencia, y desde aquel punto su cuerpo tan insensible á ellos, como si fuera cadáver, pues en lo restante de su vida no volvió á padecer tentacion tan fastidiosa.

Sujetos de notoria probidad y literatura notaron, que andando el V. Padre tantos años por diversas tierras, y con penosas fatigas, á pie, y predicando á todas horas, era preciso que sudara con extremo, y mas en las tierras calientes, que se le mojaba el hábito de forma, que aflojando la cuerda, lo retorcia, y se le secaba en el cuerpo, por no tener otro con que remudarlo, con todo, no exhalase jamás el desapacible olor que de no lavar lo podian causar, ó la grasa ó la humedad que resultan en la lana, antes, sí un olor lento, pero apacible y suave, y tan distinto de los terrenos, que causaba ternura y devocion, porque parecia de cosa del Cielo, y ellos

lo atribuian, con piedad no mal fundada, á efecto de su virginal pureza. Muchos exemplares de esto se leen en las Historias Eclesiásticas, pues aunque el Apóstol dixo en sentido místico que somos el buen olor de Christo, y en él se repite esta misma metáfora en las divinas letras, no pocas veces ha querido el Señor que sensiblemente se exhale buen olor de las almas justas, para que su novedad y suave fuerza, exciten los corazones á alabar la piedad divina y seguir la virtud verdadera.

Obrán en lo natural los olores, por su volátil y espirituosa virtud, singulares fenómenos, infundiendo movimiento y actividad á los humores y espíritus, y por eso quanto mas se trituran los aromas, mas se impresionan en el cerebro sus efluvios y fragancia; y como el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes, macerando su cuerpo, mortificando su espíritu, y quebrantando sus pasiones con las asperezas de la Regla Seráfica, que observaba á la letra, y demas penalidades de la vida Religiosa, añadiendo las penosas tareas del ministerio apostólico, que desempeñaba fervoroso, al sentir las personas discretas el buen olor de su cuerpo, era natural reflexar que de entre tantas espinas descollaba algun lilio, y que tan extraña fragancia era de su honestísima y virginal pureza, que místicamente simbolizan el lilio, la azuzena y la rosa.

CAPITULO XXVIII.

Gracias gratis dadas con que el Señor favoreció á su Siervo.

SON las gracias gratis dadas, unos dones superiores sobre todas las leyes y facultades de la naturaleza, que Dios concede á algunos: y aunque no los hacen á su Magestad gratos ó justos, porque solo se los comunica para la utilidad ó justificación de otros; pero sabemos que para los que aman á Dios, todas las cosas cooperan en su bien; y por eso, despues de historiar las virtudes de sus fieles Siervos, se hace consideracion de las gracias con que su poderosa mano dotó á sus almas, como de un verdadero signo del singular favor y amor que les tuvo, para que juntas con sus virtudes, se publi- que su santidad y mérito.

La primera de esas sobrenaturales gracias, es dar el Espíritu Santo á sus Siervos palabras de sabiduría, y son aquel externo razonamiento con que en sus Sermones, sin humano estudio ni trabajo, discuten de los Misterios divinos, de modo que se hace ver que el Espíritu Santo habla en ellos, y por eso ninguno puede contradecirles, sino que los incrédulos se convierten á la Fe, y los creyentes se confirman en ella. Vuélvase pues la consideracion á las empresas apostólicas del P. Fr. Antonio, y se verá en las conquistas de los Talamancas, Terrabas y Lacandones, y en los Pueblos de los apóstatas y hechizeros, que á la eficacia de sus exhortaciones y catequismos, solo pudieron entender aquellos bárbaros los altísimos Misterios de la Trinidad Santísima, de la Encarnacion, Reden-

cion y Predestinacion, para abjurar los errores de su Profetisa y Maestra, y los de los demas ilusos, y admitir el santo Bautismo y demas Sacramentos: á esa misma eficacia solo pudieron ceder la pertinacia y obstinacion con que defendian la entrada á sus tierras, y vinieron mas de quarenta mil á sujetarse á la Ley evangélica. Con ella se desengañaron todos los Pueblos de Apóstatas del Chol, sin poder resistir á las verdades católicas todas las falacias y astucias con que el Demonio tenia ilusos y fascinados á sus sacrílegos Anti-Papas, Obispos, Curas y demas fanáticos, ni impedir el que descubrieran todos sus errores, adoratorios, ídolos, prestigios y hechizos, para que fueran quemados en públicas hogueras, ni el que los Pueblos quedaran restituidos á la Fe y obediencia de la Iglesia.

A esta soberana gracia, juntó el Señor la de la ciencia que resplandecía en los fervorosos Sermones morales, que admiraban aun los hombres mas doctos, porque resonando aquel clarín evangélico en los Púlpitos de todas las Catedrales de ambos Reynos, y en los mas famosos de todas sus Ciudades, Villas y Pueblos, le oían no solo explicar los mas profundos Misterios y dogmas católicos, sino tambien los mas arduos puntos de la Filosofia moral, y de la Teologia sagrada y práctica, que se versan en todos los estados, para sacudir del vulgo la ignorancia de las leyes del Christianismo, despertar á muchos del sueño en que se adormece todo, mé-

nos el engaño, y estampar en el entendimiento mas toscó y en el corazon mas duro, el terror del supremo Juicio; y como los prodigiosos efectos que en todas partes hacian sus misiones, no podian serlo por las persuasivas palabras de una humana prudencia, ni por la sublimidad de sus Sermones, ni por la obstentacion de su ciencia, porque nunca juzgó saber mas que predicar á Jesuchristo crucificado; en esas mismas conmociones de todo género de personas, en las maravillosas conversiones, y en los millares de gentes que le seguian, se admiraba tambien la gracia que el Espíritu Santo le comunicaba, dándole palabras de su soberana ciencia, para mover, instruir y dirigir las almas por los mas seguros documentos con que pudieran servir á Dios en sus respectivos estados.

Para tan altos fines le comunicó tambien la de la Fe, no la que justifica al hombre en sí mismo, sino la que infunde una sobreeminente certidumbre y firme ascenso de los principios de la Fe católica, que se deben stponer en un Doctor Evangélico, y en cuya virtud se obran los milagros. Esta fe ó confianza que se tiene de Dios para alcanzarlos, sería la que confió al V. Padre quando al despedirse de su Madre para el viage de Indias, y diciéndole la Señora: ¿como, hijo mio, quieres irte y dexarme, quando yo esperaba de tí algun consuelo, y que en la hora de la muerte te encontraran mis ansias á mi cabeza? Le respondió: mi Madre se consuele en el Señor, que su Magestad cuidará de Vm. y si el Señor me dá su gracia, no faltará en su asistencia á la hora de su muerte. Tuvieron estas palabras á su tiempo, los efectos de una clara profecia, pues consta de

testimonios fidedignos, que estando el Padre en Indias, tuvo su Madre el consuelo de tenerle á su cabecera en su fallecimiento. Así se jura en ellos habérselo oído al P. Fr. Francisco Ordaño, que como Confesor antiguo de la Señora, le asistió hasta el último suspiro, y era quien podia saber lo que pasaba en su espíritu, y siendo hombre docto y muy virtuoso, no hubiera comunicado una cosa falsa, que se vulgarizó como fama pública, y se expresó en los Sermones de honras que al V. Padre se le hicieron en la Ciudad de Valencia.

Mas testigos abonan otro consuelo que el V. Padre le dió á su Madre en otra ocasion, pues hallándose en tal peligro de la vida, que sin esperanza de ella, le recetaron los Médicos las medicinas del alma, y recibidos los santos Sacramentos, se quedó largo rato recogida, por lo que cuidadosa una hija suya, entró á verla, y recobrada la enferma le dixo: Dios te perdone el haberme despertado, pues estaba en un sueño en que parece veía á mi hijo Fr. Antonio, y me decia: «Anímese en el Señor, Madre mía, que no morirá de esta enfermedad.» Así se verificó, porque muy presto se halló perfectamente convalecida; y aunque hasta entónces tuvo por sueño aquel consuelo, para que no dudara quién se lo habia dado, parece que quiso el Cielo guardar consecuencia de la confianza y fe con que su V. hijo se lo habia prometido, pues estando un dia con otras personas, vieron llegar á la puerta de su casa dos Religiosos de San Francisco, sin conocerlos, y con voz clara y risueña le dixo uno de ellos: Señora «Esperanza, me alegro mucho, y le doy la enhorabuena de la visita que Vm. ha tenido en la venida de su

«hijo el P. Fr. Antonio, que ha venido á darle la bendicion y la salud;» y dicho esto desaparecieron, sin volver á verlos mas, confirmando ser prodigiosa la visita, pues el Padre estaba en las Indias al tiempo que esto sucedia. En otra ocasion estaba la Señora su Madre en la grave afliccion de tener una hija postrada de una enfermedad muy peligrosa, y recobrando la salud contra toda esperanza, dixo á todos los de su familia: Que en su enfermedad se le habia aparecido su hermano Fr. Antonio, y le habia dicho, que como ofreciese al P. San Francisco vestir su hábito y entrarse en el Convento de la Puridad de Religiosas de la Observancia de su P. San Francisco, luego estaria buena: hizolo así, y recobrada la salud, cumplió su voto, y murió con edificacion de todas las Religiosas, por sus buenos exemplos y virtudes.

No solo por el honor de sus palabras, sino tambien por el de su ministerio y buena fama quiso interesarse la divina Providencia, renovando en su defensa los antiguos prodigios con que muchísimas veces jugó la espada de su Justicia, propulsando la malicia de los que infamaban la doctrina ó la inocencia de sus Siervos. Moysés le dió á su Pueblo por signo de que su mision era verdadera, las espantosas y violentas muertes de los rebeldes Coré, Datán y Abiron: las repentinas muertes de Ananias y Safira, fueron castigo del mentiroso engaño con que quisieron burlarse de San Pedro; y con tales fundamentos, se debe tener por prodigioso el funesto caso que sucedió viniendo el P. Fr. Antonio en tierras de Ciudad Real. Antes de llegar á una Hacienda, y á una vista de la casa de ella, en que habia mucha gente

baxa y grosera que sabia la fama de santidad y el zelo con que el V. Padre sollicitaba en aquellos desamparados á los enfermos para consolarios y confesarlos, por burlarse de él, aconsejaron á uno que se acostara en un cuero, fingiéndose enfermo: Hizolo el miserable, cubriéndose con la ropa para hacer bien su papel. Llegó el V. Padre, y luego le pidieron que confesase á aquel enfermo, que estaba muy de peligro. Apercóse el Siervo de Dios al fingido doliente, y quitándole la manta, lo palpó, y dixo estas palabras: Ya este pobre murió, Dios haya misericordia de su alma, Dios los consuele; y sin decir mas, prosiguió su camino. Ellos confusos registraban á su fingido enfermo, y le hallaron verdadero muerto, y así, pararon las burlas y risas que tenian prevenidas, en confusiones y lágrimas, que si fueron prueba de su malicia, lo fueron tambien de la buena fama del V. Padre, y de su zelo é inocencia.

La gracia de la fe, y la de sanar enfermos y hacer milagros, son unas mismas, y como idénticas, porque la de la Fe, por la manifestacion del espíritu trae, la utilidad de la Iglesia en la conversion de muchos á la Fe Católica, y de otros que se confirman en ella: la de la sanidad de los enfermos, mira al remedio de la salud corporal, y de la vida; y la de los milagros, manifiesta la divina Omnipotencia en el beneficio comun, con que se confirma la verdad de la Fe recibida. Sobre estos sólidos fundamentos, y el de que la variedad en referir los sucesos no arguye falsedad legítima, se fueron historiando las curaciones y acacimientos, que en la piadosa reflexion de muchos fueron reputados prodigiosos, segun el tiempo, lugar y circunstancias en que la

sábía Providencia los fue obrando en el discurso y apostólicas tareas de la vida del V. P. Fr. Antonio, ó bien fuesen dirigidos al fin general y primario de todos los milagros, que es la gloria de Dios, y el que su Magestad tuvo en la creacion de todas las cosas, ó bien para proporcionar los secundarios, que se ordenan al primero, en la propagacion de la Fe, y vocacion del Gentilismo, ó en la confirmacion de ella, y beneficios que hace á los Católicos.

Muchas son las curaciones extraordinarias que se leen, sucedidas por medio del V. Padre, y no pocos los casos en que su caridad socorrió con modos maravillosos á sus próximos; pero el ser muchos no debe dificultar su asenso, estando legítimamente testificados, porque en todos tiempos quiere Dios ostentar su espléndida omnipotencia, por medio de sus fieles Siervos. Segun el Panegírico funeral de Guatemala, predicado delante de los mismos que se citaban como testigos, y podian reprobarlo á no ser cierto, fue la gracia de curacion que tuvo el V. Padre tan extensa, que pudieran deponerla muchos centenares de la Ciudad, por los innumerables enfermos que habian logrado la salud con el contacto de sus manos, y diciéndoles un Evangelio; y aun asegura ser constante fama en todo el Reyno, que quando el V. Padre andaba en sus misiones, solian lavarle los pies algunos bienhechores, y reservando la última agua, la daban á los enfermos y quedaban sanos. Este caritativo oficio estaba en una ocasion haciendo un Indio en la Ciudad de Cartago, y venerando la santidad que él concebía en el V. Padre, decia en su interior: oxalá fuese yo tan bueno como el Padre, y al mismo

tiempo le respondió el Siervo de Dios: Alonso, en tu mano está: Christiano eres: por lo que conoció que le habia penetrado lo que en su corazon deseaba, y salió publicándolo como maravilla.

Grandes son con las que muchas veces se acredita Dios de fiel amigo con los hombres, comunicándoles soberanas luces, para que conozcan los secretos que aun en su divino entendimiento tiene reservados: destellos de esa divina Providencia es la gracia de Profecía, que aunque se llame así por el anticipado conocimiento de las cosas futuras; pero tambien se extiende á las pasadas, de que ya no hay memoria ni señal alguna, y á las presentes que estan distantes ú ocultas, y aun hasta los interiores pensamientos y afectos de los corazones. Es esta sobrenatural luz á manera del relámpago, que pasando fogoso ilumina el viento, porque ningun hombre puro puede tenerla en su postrada, ó por modo de hábito; y con todo, si se hace recuerdo de los muchos casos que ilustran la vida del V. Padre, se verá una como permanente luz, ó un instinto profético, que le hacia ver los sucesos de todos los tiempos, y penetrar los interiores de muchos; pero siempre guiada sobre la regla del Apóstol, hablándoles á los hombres para su edificacion, ó para su exhortacion, ó para su consolacion; pues con palabras y exemplos edificaba á todos, confirmandolos en los buenos propósitos: exhortaba en los Púlpitos y Confesonarios, para la observancia de la Ley y de las buenas obras, y consolaba con la esperanza de los bienes eternos á los pecadores mas perdidos, y á todos los afligidos y desconsolados.

Lleno de esa misma luz su pen-

samiento, presagió á muchos el estado Religioso, tan anticipadamente, que ni aun opcion tenian para elegirle, y se conocieron hasta once que en distintas Religiones lo profesaron. Fue entre ellos singular el P. Fr. Antonio de Aguila, porque siendo de dos meses, fue arrojado de la cuna al suelo, con tal violencia, que su Madre lo levantó sin señales de vida, y enviándoselo al V. Padre, lleno de compasion le puso las manos y rezó un Evangelio, y luego abrió los ojos y comenzó á moverse, y volviéndolo á su Madre, le envió á decir que no moriría, y que lo cuidara, porque habia de ser Misionero en el Colegio, lo que con el tiempo se verificó, no obstante que se interpusieron varias y contrarias circunstancias para impedirlo. Fatigado de muchos escrúpulos un Caballero, llegó á confesarse con el V. Padre, y comenzando por los pecados de su vida pasada, le interrumpió diciéndole: que dexara eso, porque esos pecados estaban ya perdonados; y para satisfacer á sus dudas, le fue refiriendo varios pasajes de su vida, con tal expresion, que parecia haber hecho con él muy dilatada y general confesion de todas sus culpas, por lo que conoció que solo podia saberlas con luz del Cielo, y así, depuso todas sus congojas.

Habia en la Ciudad de México un Eclesiástico que vivia muy olvidado de las obligaciones de su carácter, sirviendo de ruina espiritual á otros con su mal exemplo. Fuele á buscar á su misma casa el V. Padre, y hallándole en sana salud, le avisó de parte de Dios su cercana muerte, y que se preparase para ella con la enmienda de su vida. Viendo el Eclesiástico que no podia saber el V. Padre lo que le decia, sino por ilustra-

cion divina, creyó sus exhortaciones, y quitada toda ocasion, hizo una confesion dolorosa, y á pocos dias murió, dexando de su salvacion bien fundadas esperanzas. Estando el V. Padre en Zacatecas, le acometió una maligna fiebre á un Jesuita de la Casa Profesa de México: era éste muy zeloso del bien de las almas, y por eso digna de sentirse su muerte, y habiendo llegado casi á los umbrales de ella, hizo crisis la fiebre, contra todos los pronósticos de la medicina, y al tercero dia recibió una Carta del V. Padre, fecha en Zacatecas, que dista de México ciento y treinta leguas, y por eso ni la noticia de la enfermedad podia haber llegado, y entre otras cosas le dice: «Dele V. R. gracias á Dios de la nueva vida que le ha concedido, que en lo natural habia de morir, y prosiga en procurar la salvacion de las almas, á quienes podrá decir con San Pablo: Hijuelos míos, á quienes otra vez os doy á luz.» Por evitar el fastidio, se omiten otros muchos casos de la misma especie, pero como el V. Padre siempre preferia á la caridad, que es la reyna de todas las gracias y dones, es preciso individuar uno ú otro de los muchos en que consoló á los tristes y afligidos.

Es la gracia de la discrecion de espíritus el conocimiento de los interiores afectos del corazon, porque igualmente que la de la Profecía, se ordena á la confirmacion de la Fe, manifestando las cosas que solo Dios sabe, como lo son los ocultos senos del corazon humano, pues por ella se sabe quien sea espiritual ó no, porque es un juicio por el qual el hombre juzga con rectitud entre varios movimientos del ánimo, de los quales se puede dudar si provienen de espí-

ritu bueno ó malo. Con esta luz discernia el V. Padre los espíritus de innumerables personas que le rodeaban en todas partes para su consuelo, pues comunmente se decia que les descubria los pecados en el Confesionario, y con ella dirige sus consejos y doctrinas conforme al estado de cada uno, y con tan superior acierto, que jamás padeció engaño.

Con ella descubrió á un Indio hipócrita que su Párroco tenia por Santo, siendo fautor y Capitan de muchos hechizeros: con ella desengañó de sus ilusiones y prestigios muchas Provincias enteras que el Demonio tenia esclavizadas en la idolatría, y las hizo volver al gremio de la Iglesia; y por fin, con esa luz divina sacaba á las almas espirituales y místicas, de los laberintos en que el Demonio las intrincaba con sus astucias. Habia en Guatemala una buena Señora, que por el ejercicio de las virtudes y mortificaciones habia llegado á un alto grado de oracion y perfeccion, asegurada en la ciega obediencia con que en todo se rendia á la direccion de su Confesor. Era este un Lector Jubilado, tan docto en las materias escolásticas como en las místicas, y viendo el Demonio la santidad de aquella alma, quiso envidioso perturbarla, para lo que tomó la figura del mismo Confesor, y apareciéndosele, le dixo: Yo soy tu Padre, y conozco que tú y yo hemos vivido engañados, y así, no llegues mas á mis pies, porque es contra mi conciencia, y no quiero condenarme contigo: sirve á Dios por el camino llano de tu oficio de Tercera, oír Misa, y comulgar rara vez, porque si no, te condenas: tambien en el Confesor levantó tales confusiones y escrúpulos, que él mismo le dixo á la Señora casi

lo mismo que le habia dicho el Demonio. Pero el Señor, que permite los trabajos para premiarlos con espirituales consuelos, dispuso que uno y otro descubrieran sus congojas al P. Fr. Antonio, y con la gracia que le daba para discernir los buenos ó malos espíritus, les hizo ver que todo era enredo y astucias del Demonio, pues la suma perturbacion en que los habia puesto, como si hubieran perdido el juicio, no podia ser efecto del Espíritu Santo, ni la aparicion de espíritu bueno; y desterrando con sus palabras las sombras con que los habia ofuscado el Padre de la mentira y Principe de las tinieblas, quedaron sus corazones confirmados en sus santos propósitos, y libres de todas sus melancólicas aflicciones y desconsuelos.

En un Convento de México estaba una Religiosa sumamente afligida, creyendo que una alma no solo estaba en el último extremo de perderse, sino que por ella habian de resultar gravísimos daños á otras personas. Esta aprehension la obligó á pedirle al V. Padre que encomendase á Dios un negocio que le causaba mucha afliccion y tormento; pero dándose él por entendido, sin haberle oído otra cosa, le fue manifestando todo lo que habia imaginado, y desbaratando las ideas que habia concebido, para que viera eran solo aprehensiones de su miedo, porque la alma que habia creído estar perdida, antes era muy agradable á Dios, y nada de lo que temia habia de suceder, con lo que quedó la Religiosa, no solo consolada, sino tambien persuadida, pues estaba experimentando que no podia el V. Padre saber las cosas que individualmente le dixo en orden al negocio y á lo interior de su conciencia.

cia, sino por ilustracion divina.

¡Pero qué mucho, si el V. Padre tenia casi siempre un ocultísimo instinto que le hacia conocer aun cosas de ningún momento! En el Colegio de Zacatecas hizo llamar á un Corista para que escribiera una Carta, y porque esta ocupacion le estorbaba el ir á la Huerta, por ser tarde de recreacion, dixo: Podia ir nuestro P. Margil á escribir á la Bufa, pero al instante se fue á la Celda del V. Padre, y al entrar le pasó la mano por la cabeza, y le dixo: Escríbame esta Carta, que mañana me irá á la Bufa: pasmóse el Corista viendo descubierta lo que ninguno oyó, ni se podia saber por medios naturales. Por este y otros casos semejantes estaban persuadidos muchos á que el V. Padre adivinaba, segun su estilo, todos los secretos de los corazones, y le miraban con asombro. Fue tambien gracia de su Apostolado, el don de hablar distintos géneros de lenguas, ó de que él hablando en la suya, le entendieran diversas naciones. Concede el Señor esta soberana gracia muchas veces á sus Siervos, para la promulgacion de la Fe, ó para la utilidad espiritual de los próximos, y por eso no es necesario que sean dotados de toda la energía y elegancia de los idiomas, ni de que usen de ellos siempre y en cualesquiera asunto, sino en lo que sea necesario al fin de comunicárselo, y bastante al conocimiento de la lengua vulgar y comun, para que en ella puedan interpretar las divinas Escrituras, y con las especies infusas, y noticia de los diversos idiomas, explicar los supremos, especulativos y revelados Misterios, ó ya á los ignorantes Gentiles, ó ya á los Christianos apóstatas, dándoles á todos la Doctrina Christiana, no con

sublimidad de palabras, sino como á hombres carnales, y como quien dá leche á los niños para que puedan nutrirse con ella.

Así se vió esa divina gracia en el P. Fr. Antonio, por las dilatadas Provincias de Guatemala y Nicaragua, predicando la palabra divina á los Pueblos de Indios Idólatras, y penetrando las naciones bárbaras de los Talamancas, Terrabas y Lacandones, pero con indubitables sucesos en la Provincia de San Antonio, pues llevaba por Intérprete un Cura Coadjutor, segun queda en su lugar referido, y por cuyo testimonio consta, que sabiendo él que los Indios de aquellos Pueblos eran ignorantes de la lengua Castellana, veía que entendian lo que el V. Padre les predicaba, como si lo hiciera en su idioma, y en prueba, le referian muchas cosas, y los ejemplos que les decia, siendo lo mas notable, que no entendian lo que el otro Misionero predicaba, aunque lo hacia como el V. Padre, en la misma lengua Castellana. Lo mismo experimentó el mismo Cura en el Confesonario, pues observando que muchos Indios se confesaban con el V. Padre, y despues llegaban á reconciliarse con él, les preguntaba si el Padre les habia entendido, y le respondian: Sí, Padre, porque el Santo P. Fr. Antonio nos entiende, y nosotros le entendemos, lo que fue confirmando en todos los Pueblos que le acompañó en aquellas misiones.

Ni se debe reponer á esto el que si el V. Padre tenia tan excelente gracia, era cosa extraña el llevar en sus misiones el auxilio de los Intérpretes. Con muy fáciles congruencias se podia satisfacer el reparo; pero es mejor hacerlo con que siendo dogma católico que el dia de Pentecostés, en

tre otras divinas gracias con que el Espíritu Santo adornó á los Apóstoles y Discípulos para predicar el Evangelio, fue una la de hablar varias lenguas, como él les daba el hablarlas, y con todo, sabemos que San Pedro tenia de Intérprete á San Marcos, y San Pablo estando en Troya á predicar el Evangelio de Christo, para lo que el Señor le habia abierto la puerta, no tuvo sosiego su espíritu, por faltarle su Intérprete Tito. No eran estos Intérpretes para que las palabras de un idioma las expusieran en las del otro, sino para que explicaran los Misterios que en ellas se encerraban, y que casi siempre no los entendian los que no las ignoran, y así ayudaban á los Apóstoles quando hablaban á una gente como los Romanos, en concurso de otros que ignoraban el idioma Latino, ó quando entendiendo todos lo que se decia en un idioma, solo era necesario explicarlo segun el frasisimo de los idiomas diversos.

Con tan calificados exemplares, procuró siempre el P. Fr. Antonio llevar Intérpretes en sus misiones; pero faltándole estos muchas veces en ellas, se vió que el Señor le favorecia con el don de lenguas. Despues que se vino á la Provincia de Texas, veía un Misionero á un Francés de Nachitós, muy solícito de confesarse con el V. Padre; y preguntándole: ¿como habia de hacerlo, si el Padre no sabia

Francés? Le respondió: que en la primera vez que los visitó, los habia confesado á todos, con gran consuelo de sus conciencias: lo mismo afirmaban otros, de suerte que en el discurso de sus apostólicas tareas, en tan diversas y distintas naciones, y en muchas urgentísimas necesidades espirituales de los próximos, se hacia evidente la gracia con que el Señor le favorecia para la utilidad de los miserables Indios que tiranizaba el Demonio por la apostasía, idolatría, hechizos y supersticiones, ó para los que estaban baxo de su dominio en la Gentilidad, ó para el consuelo de los que carecian de Ministros, siendo Christianos, y no pudiendo valerse de Intérpretes para recibir los Santos Sacramentos. No solo se valia el V. Padre de Intérpretes, para imprimir con claridad las verdades Católicas en los oyentes, y predicarlas con muchas lenguas, sino tambien para que fueran sus Maestros, y le enseñaran los dialectos y propiedad de los idiomas, cuyo estudio tomó con el afan de familiarizarse hasta con los muchachos. Premió Dios este utilísimo zelo, dándole luz para la interpretacion de la Doctrina Christiana en el idioma de los Lacandones, la que dexó en la mayor parte traducida en él, para facilitar á los Misioneros el catequismo, y á los Indios la instruccion necesaria, para salvarse, de los divinos Misterios.